

## PALOMAS DE LUZ

A Juan le duelen los pies de tanto caminar. Todo el día aplanó las veredas de la ciudad buscando un trabajo decente, pero es difícil encontrarlo pasando los sesenta. Se sentó en un banco de granito blanco en la placita frente al Jardín Botánico donde, hasta hace dos días, trabajaba como sereno.

Está cansado, tiene hambre y poco tiempo para encontrar un lugar donde llevar sus escasas pertenencias. “Lo siento -le había dicho el Director del Jardín- la Municipalidad lo quiere desocupado de inmediato. La semana entrante empiezan las obras de remodelación. ¿Sereno? Ellos traen sus propios vigilantes. Además van a instalar alarmas electrónicas en todo el predio... Lo siento.”

Con pesar apoya los codos en las rodillas y, cerrando los ojos, las siente llegar. Suaves, cautas, se posan en sus hombros, sus antebrazos, en los faldones de la camisa, en el asiento junto a él, no emiten sus habituales arrullos ni aletean siquiera, contagiadas de su tristeza, lo acompañan a pesar de que, ese día, no hay para ellas migas ni semillas.

De lejos, el hombre en el poyo parece un extraño monumento de palomas que con sus pequeños picos -como si quisieran consolarlo- le dan suaves toques en el pelo, el cuello, y el rostro que trata de tapar con sus grandes manos encallecidas.

El sol, en su alocada carrera hacia el final de la tarde, alarga las sombras y el frescor de la plaza le trae remembranzas de un pasado lejano, atesorado en su corazón, tan intacto en su memoria que hasta los olores persisten.

Se olvida del hambre y del miedo y se va a una sólida casa de adobes, de paredes blanqueadas con cal. Una cocina pequeña donde se refugiaban temprano en los inviernos helados, la galería fresca de los veranos que daba a la huerta exuberante donde todo era una miscelánea, el parral cuyos horcones de corto alcance albergaban las verduras mezcladas con dalias, margaritas, rosas y otras flores. Allí descansaba cuando volvía de las agotadoras jornadas de labor en las quintas. Allí, su inefable Tina, lo esperaba con el mate espumoso que siempre, aún en los días más tórridos, resultaba refrescante. ¡Y su preciosa Irene! Le parece que la ve sorteando los almácigos, con su risa cristalina, persiguiendo mariposas. Era linda su niña, pero luego creció y voló del nido. ¿Cuántos años tendría ahora? Pocos más de treinta.

Algunas noches sueña que Irene viene a visitarlo y trae un niño de la mano, su nieto, sólo que eso no es posible. Su hija dejó este mundo cuando aún no cumplía los veinte, envuelto su cuerpo en azules llamas de alcohol que lastimaron su piel perfecta.

Tragando sus lágrimas y poniendo un freno de hierro a su dolor, trató de seguir adelante, alternando su trabajo de quintero con changas en el campo de los Suárez.

Su compañera, se fue apagando de a poco, hasta que se durmió como un pajarito herido y no volvió a despertar.

Así, dejando atrás los años felices y trayendo consigo penas y recuerdos, recaló en Buenos Aires donde un pariente le consiguió un trabajo como sereno.

De regreso en la placita, sacude la cabeza como queriendo ahuyentar el letargo que lo llevó lejos en la distancia y el tiempo, y aunque tiene empañada la mirada, los ve junto al kiosco de golosinas.

Pamela y Lautaro junto a su mamá que lleva unos anteojos negros y charla con el kiosquero.

Han crecido, se dice Juan, saludándolos con la mano. Los niños dicen algo a su madre y corren hacia donde él está. La primera vez que los vio hace más de un año, su mamá los había dejado en la placita, al cuidado de una muchacha no mucho más grande que ellos, y había cruzado al hospital llevando a otro niño de la mano. Primero, se acercaron con timidez, después fueron tomando confianza y terminaron dándole de comer a las palomas con él. Cada vez que la madre se demoraba en el hospital, él rescataba algún cuento de esos que tantas veces oyó a Leónidas Suárez contarle a sus hijos y los niños terminaban fascinados con Los siete cabritos, Pinocho o Peter Pan.

Cuando Franco descansaba de su tratamiento, también iba al parque con sus hermanos.

Un día no los vio más y con el tiempo creyó que se habían mudado, pero se equivocó y ahí están abrazándolo y llenándolo de besos pegajosos de paletas y caramelos. Los dos hablan al mismo tiempo y le cuentan que Franco ya no está con ellos, que ahora es un ángel, que se fueron al campo, a la casa de sus abuelos, para recuperarse: "así dice mamá" ... y siguen con sus voces alegres tratando de alcanzar a las palomas que empiezan a acercarse de nuevo. La madre los viene a buscar.

-Hola, Juan. ¿Cómo está? -y continúa- Buscamos jardinero, si sabe de alguien avísele al kiosquero.

Juan los ve alejarse sintiendo que una luz ilumina la negrura de su noche.